Alarma de incendio

JOSÉ CARLOS ROVIRA

El Ángel de la Historia, aquel que Walter Benjamin construyó a partir del cuadro «Angelus Novus» de Klee, debe tener un agosto desazonador, que agrava su mirada desorbitada, su boca abierta y sus alas desplegadas. El ángel sigue mirando hacia el pasado, que más que un conjunto de acontecimientos, es ya «una sola y única catástrofe, que no deja de amontonar ruinas sobre ruinas y las arroja a sus pies». Su intención angelical de «detenerse, despertar a los muertos y reparar lo destruido» es evitada por el fuerte viento, una tempestad, que viene desde el paraíso y le impide cerrar las alas: es la tempestad que le impulsa hacia el futuro, al que el ángel da la espalda, mientras a sus pies las ruinas crecen. Y concluía el pensador en este texto de 1940, escrito en plena guerra mundial, mientras realizaba su huida imposible de la policía nazi: «esa tempestad es lo que llamamos progreso».

Llevamos seis agostos del siglo XXI y tenemos la sensación de que todo está infinitamente peor cada día que pasa, justo desde septiembre de 2001, cuando el terrible atentado terrorista a las torres gemelas determinó en la superpotencia el desarrollo de una solución militarista, inútil, trágica y estúpida. Sobre todo estúpida. El Ángel de la Historia, este agosto, sigue contemplando montones de ruinas que crecen a sus pies: Beirut, por ejemplo, es una cintura de ruinas.

La diplomacia europea ha intentado un alto el fuego en Líbano durante más de un mes, que parecía imposible por el veto inicial de Estados Unidos a que se introdujera en la resolución de «cese de hostilidades» la retirada de Israel del territorio ocupado y masacrado previamente. Tras la resolución, el alto el fuego parece una momentánea e inestable solución a la espera de un ejército con mandato de Naciones Unidas que controle la zona ocupada. Al margen de cualquier valoración que hagamos sobre la actuación de Hezbolá y su agresión efectiva a Israel, la trasgresión del derecho internacional procede de la actuación contra un país como Líbano que tiene al radicalismo islámico en su territorio, pero que no merecía una actuación militar desmesurada, con víctimas civiles que suman bastante más de un millar, miles de heridos, un millón de desplazados y ciudades destruidas por los bombardeos. La desproporcionalidad de la masacre tiene que ver con que su origen, su coartada, está en el secuestro de dos militares israelitas por la milicia de Hezbolá.

La historia de estos días de agosto es, desgraciadamente, ésta. Y ya llevamos más de un mes de tragedia. Es una tragedia que se une a las otras existentes en la zona, por la acción de Israel, como la de Palestina; o por la acción de Estados Unidos y sus aliados, como la de Irak. Sabemos ya que, si no se acomete por otros medios, si ésta es la manera de combatir al terrorismo; es decir, las masacres de la población civil, la violencia como método expeditivo, la destrucción masiva, generarán odio y todas las formas posibles de autodefensa, y este combate obtendrá respuestas cada vez mayores, cada vez más agresivas, de las poblaciones que han sufrido, sin participar en nada, la agresión militar. Hoy estos lugares son los índices de un crecimiento de violencia imparable que, cualquier día, si nadie detiene esta política militar, seguirá extendiéndose a todo el mundo.

Lo más grave de las guerras es que se termina sabiendo cómo comenzaron, pero nunca se sabe como acabarán, qué dimensión brutal adquirirán para el futuro, que espacio global asumirán.

Escribo estas cosas en agosto y leo de nuevo a Walter Benjamín, al que le he pedido prestado el título, el de «Alarma de Incendio» (capítulo en «Dirección única», Madrid, Alfaguara, 1988), porque es una sugerencia que me da vueltas hace tiempo. Fue su premonición, en 1926, de la catástrofe del «progreso» que, en ese año, vislumbraba como ruptura inequívoca y hasta bélica del mundo si no se transformaba la sociedad. Benjamín confiaba en que esa transformación, que era la que realizaría el proletariado derrocando a la burguesía, fuera posible, pero no lo fue y el escritor empezó a construir desde ese año su marxismo pesimista, en medio de aquella situación, el nazismo en sus orígenes, que iba a llevar al mundo a una guerra mundial. El «progreso» aniquilador es el que se sigue construyendo. Se llamó imperialismo y ahora, parece, lo políticamente correcto es llamarlo globalización. Se trata de seguir desarrollando el universo mediante su destrucción depredadora. El Ángel de la Historia, el de Klee, el de Benjamin, ya no tiene espacio para acumular ruinas. Y por mucho que lo intente, ya casi no tiene fuerzas para mirar al futuro. Porque está totalmente desorientado. ❑

J.C. Rovira es catedrático de Literatura Hispanoamericana de la UA.